

¿Qué podemos hacer para los niños en crisis?

Proyectos de Biblioterapia de IBBY _____ Patricia Aldana

Conferencia **Seminario Internacional de Promoción de la Lectura**
Placer de Leer Encuentros con la Literatura.
Fundación C&A – CEDILIJ. Buenos Aires, Argentina, octubre 2008.

Mi padre nació en Guatemala en 1907. En 1917, cuando tuvo diez años, un terremoto destruyó casi por completo la Ciudad de Guatemala donde vivía, dejando a mi padre y sus hermanos sin casa. Los enviaron donde su abuela, quien a su vez dependía de su yerno, y habitaba en una ciudad pequeña al oriente de Guatemala (una zona desértica de hecho muy parecida a la de los vaqueros del Lejano Oeste en la películas de los Estados Unidos). No tenían dinero. Mi padre tuvo que trabajar como controlador de horarios en los ferrocarriles que pertenecían a una compañía frutera que usaba los trenes para llevar plátanos al Golfo de México. Mi padre era muy inteligente, pero tuvo que dejar de ir a la escuela. Por quizá qué milagro había cerca de su casa una biblioteca extraordinaria. Tenía los libros de los mejores autores, desde Shakespeare y Cervantes hasta Racine, Tolstoy y Dickens. Con sus visitas diarias a la biblioteca después de salir de su trabajo y con sus lecturas, mi padre logró pasar su bachillerato. Luego ingresó en la escuela de medicina, se recibió de médico y de cirujano. Era una de las personas más letradas que yo haya conocido jamás. Eventualmente se convirtió en el Cirujano en Jefe de Guatemala y fundador y primer Rector de la Universidad del Valle de Guatemala.

Creo apropiado afirmar que la lectura salvó la vida de mi padre.

La fe en el poder transformador de la lectura era central en las convicciones de Jella Lepman cuando ella fundó nuestra organización en 1952. Era judía de Alemania y cuando volvió a su país de origen después de la guerra descubrió que los niños alemanes desconocían casi por completo el mundo que los rodeaba. Eran producto de la increíble maquinaria propagandística del Tercer Reich. La reacción de Lepman fue traerles libros de todo el mundo. Eventualmente creó el Consejo Internacional de Libros para Gente Joven (IBBY en sus siglas en inglés) dedicado a la idea de que los libros pueden tender puentes de entendimiento entre los niños del mundo y que la lectura podía salvar vidas.

Hoy en día, IBBY tiene secciones nacionales en setenta países muy variados, como Zimbabue, Mongolia, Rusia, Japón, Irán y los Estados Unidos. Para apoyo de nuestros ideales hemos establecido el Premio Hans Christian Andersen, organizamos del Día Internacional de Libros para Niños, la lista de honor de IBBY, la lista de libros para niños con discapacidades, el premio IBBY de promoción de la lectura (IBBY-Asahi), y un programa mundial de talleres fundado por un maravilloso señor japonés, el señor Yamada. Los talleres tratan de cómo escribir e ilustrar libros para niños y jóvenes, cómo promover la lectura, y cómo ser bibliotecario para niños, todo sobre la edición, y finalmente cómo usar libros en las escuelas.

Sobre la base de estas actividades, es nuestra convicción que cada niño tiene el derecho de ser lector. Con esto queremos decir que todos los niños en todo el mundo deben tener acceso a libros y que éstos deben ser libros tan buenos que engendren el amor a la lectura. Creemos que esto es un derecho fundamental que puede abrir la puerta a una vida plena en la cual la persona puede ejercer poder sobre su propia vida y circunstancia. No estamos hablando de alfabetización. Hablamos de lograr que los niños se conviertan en lectores de toda la vida, lectores que puedan pensar críticamente, que puedan participar activamente en la sociedad, que puedan resistir la demagogia, que comprendan el mundo, que se conozcan a sí mismos y a otros.

Creemos que la mejor manera para lograrlo es a través de la mejor literatura para niños. Creemos que se necesitan libros maravillosamente escritos e ilustrados que hablen verdaderamente de la vida de los niños, libros de otros países y libros propios, sobre sus propias vidas, publicados en sus propios países. La metáfora que usamos es que los niños necesitan libros que son espejos y libros que son ventanas. Espejos, ventanas, en los que puedan verse a sí mismos, sus propias experiencias, en que oigan sus propios nombres y vean sus propias calles. Si uno se mira en un espejo y no se ve, se convierte en un monstruo o en un vampiro. Y esto puede engendrar la negación de sí mismo. ¿Quién soy si no soy digno de que se escriba acerca de mí? Jella Lepman también nos enseñó que los niños necesitan libros que sean ventanas que abran hacia el mundo y que les permitan saber cómo vive otra gente, y que esa gente comparte con ellos sentimientos y emociones. De esto viene la empatía.

Como sabemos, este derecho no existe igual en todo el mundo. Hay enormes desigualdades. En la mayoría de los países pobres, los niños tienen suerte si encuentran libro alguno, y carecen de buenos libros. Y con casi completa seguridad nunca encuentran libros sobre su propia realidad.

Esto se debe a la estructura de la industria editorial así como a las fuerzas económicas generalizadas con las que luchamos todos. Las editoriales, especialmente

en países con poderío colonial como Gran Bretaña, Francia y España, vivían a costa de las colonias. El mercado doméstico británico, por ejemplo, es de hecho muy reducido. Y en esta etapa supuestamente poscolonial de su historia, las editoriales británicas siguen viviendo de sus exportaciones. Las compañías de los Estados Unidos, Francia y España son las mayores exportadoras de libros. Adicionalmente, a esta producción en países más fuertes y más ricos, tenemos el amalgamamiento que se ha producido en los últimos veinte años entre editoriales antes independientes que han sido devoradas por grandes corporaciones. La realidad alarmante es que la vasta mayoría de la producción mundial de libros procede de un puñado de conglomerados de medios de comunicación.

Debido a que la labor editorial produce escasas ganancias, lo último a lo que se arriesgan estos conglomerados es a perder dinero y a publicar para poblaciones pequeñas en las que para ellos son lenguas marginadas. El negocio que les interesa es vender en los principales mercados los mismos libros que han creado con grandes gastos en sus lugares de origen.

Nada de ello contribuye en modo alguno a la producción local de libros, en lenguas locales que reflejen sociedades únicas y muy diferenciadas. Los niños privilegiados son los únicos que pueden verse reflejados en estos espejos. Lo cierto es que IBBY no puede cambiar la estructura de las editoriales del mundo.

Es casi igualmente cierto que la mayor parte de los niños del mundo tampoco tienen acceso a libros que son ventanas. ¿Qué nos pasa cuando no vemos con claridad la persona que está frente a nosotros? Tenemos que ver tan sólo a los que se han empeñado en crear guerras para darnos cuenta de que no tienen idea de cómo pueden sentir un niño, una mujer o un hombre en Irak o Afganistán que ven su mundo deshecho por las bombas. Es como si no tuvieran la habilidad de imaginar que los otros son tan humanos como ellos mismos. Tampoco parecen valorar la vida humana. En el ataque a las torres de Nueva York, los terroristas también demostraron no tener noción de la humanidad de sus víctimas.

Es así que en un mundo más amplio fracasamos en la construcción de los puentes de comprensión de los que hablaba Jella Lepman.

Si todos los niños del mundo necesitan libros que son ventanas y que son espejos, hay un grupo especial de niños que los necesitan urgentemente. Son los niños en crisis. Al trabajar con estos niños usando biblioterapia volvemos la vista hacia Jella Lapman. Es realmente la nueva versión de lo que ella inventó después de la guerra. Esto lo llamamos Programa del IBBY para Niños en Crisis.

Creemos, y nuestra experiencia lo demuestra, que es cierto que los niños que sufren por un desastre natural, por desplazamiento o por la guerra y sus

consecuencias, desesperadamente necesitan libros y cuentos, lo mismo que alimento, casa, ropa y medicamentos.

Sabemos íntimamente que los libros salvan vidas. Les cuento algunos casos.

Después de la guerra, a una mujer llamada Mira Rothenberg le dieron el trabajo de enseñar a un grupo de niños judíos que fueron llevados desde Europa a los Estados Unidos. Algunos habían estado en campos de concentración, otros, escondidos. Perdieron a sus padres y su mundo entero. No podían y no querían hablar de lo que habían vivido ni sobre cosa alguna. Y parecían estar vacíos e incapaces de aprender.

Mira Rothenberg trajo a su clase un libro de poesía de los indígenas de Norteamérica. Los poemas hablaban del amor que sentían sus escritores por los animales, sus familias y su modo de vida. Mencionaban emociones de amor y de odio, de ira y orgullo y un deseo de libertad. Rothenberg les contó a los niños cómo estos pueblos habían perdido sus tierras y sufrido terribles desplazamientos. Los niños comenzaron a reaccionar. Ella empezó a jugar con ellos a ser indígenas y les hablaba de lo que les había sucedido. Finalmente, por medio de estos textos, los niños comenzaron a despojarse de las grandes murallas de protección que habían construido a su alrededor. Sintiendo empatía por otro, tal vez pudieron empezar a sentir empatía hacia sí mismos.

Otro caso. En Venezuela, a consecuencia de lo que había sido el mayor desastre natural en la historia latinoamericana, unas inundaciones causaron el derrumbe de una cadena montañosa de la costa y la muerte de 200.000 personas, desplazando casi la totalidad de la población de la región. Los niños perdieron a sus padres y viceversa. El Banco del Libro, la sección venezolana de IBBY, partió a ciegas, en autos, a hacer lo único que sabía hacer para ayudar: repartieron libros. Fueron a un poblado devastado y preguntaron a una de las pocas personas cuya casa estaba parada si podían instalar ahí una biblioteca. Y esa misma noche empezaron a leer cuentos. El primer libro que leyeron era el de *La rana enamorada*, una maravillosa y simple historia de Max Velthuis, un gran autor holandés, sobre una rana solitaria que finalmente encuentra el amor. Vinieron a sentarse y escuchar no sólo los niños del poblado, sino también los adultos. Y pidieron más. Al fin de la noche un niño que había perdido sus padres y que no hablaba vino al frente y extendió su mano. Le regalaron *La rana enamorada*. Su tía contó al día siguiente que durmió con el libro bajo su almohada, y que durmió por primera vez desde el día del desastre. Y que al día siguiente empezó a hablar nuevamente.

El Banco del Libro instaló estas bibliotecas en toda la región. Sus voluntarios venían a leer cuentos para niños cada día.

La gente de los pueblos detenía su trabajo para venir a escucharlos. Uno de los libros más importantes fue *El puente a Terebitía*, de Katherine Paterson. Trata de la muerte de un niño en una inundación. Cuando el relato del libro llegaba a la parte acerca de la inundación la gente estallaba en llanto. Y más tarde hablaban de lo que había sucedido hasta bien entrada la noche. Esta labor le valió al Banco del Libro el recientemente acordado Premio ALMA.

El conjunto de experiencias como éstas nos llevó a pensar acerca de lo que estábamos haciendo.

Lo llamamos “biblioterapia”. Aprendimos aún más acerca de cómo hacerla y de lo que vale a través de los proyectos del señor Yamada y de la actividad de IBBY en la provincia de Ache, en las Maldivas, en India y Pakistán tras un terremoto cuando reconstruimos bibliotecas, mandamos motocicletas con libros a comunidades devastadas, fundamos la traducción de libros en la lengua materna de los niños (por primera vez) y siempre, siempre se leía en voz alta a niños en campos de refugiados, en carpas, entre las ruinas.

Nuestra labor con niños cuyas vidas fueron deshechas por desastres naturales nos llevó a pensar con mayor amplitud. Después de todo, la guerra, el desplazamiento, el estar bombardeados, son tan devastadores como cualquier desastre natural.

Yulinda Abu Nasser, presidenta de IBBY en el Líbano, comenzó su trabajo durante la primera, terrible, guerra civil libanesa. Estoy segura de que ustedes saben que había intensa violencia sectaria, gran parte de la cual era el bombardeo diario de Beirut. Los niños vivieron durante años bajo los terribles bombardeos, en sótanos. Yulinda empezó a llevar libros a estos refugios y a leerles a los niños. Las madres le contaban que los niños dormían mejor después de cada una de sus visitas, y que el día siguiente ya no era tan difícil. Obviamente, los libros de Yulinda no acabaron con la guerra. No salvaron a los niños de los sótanos, pero pudo llevarles un cierto alivio. Hoy en día, Yulinda dirige un programa escolar en el sur del Líbano que se involucra en la solución de los conflictos.

A consecuencia de la generosidad del señor Yamada, IBBY provee libros en árabe que hablan de conflictos, de rebeldía de adolescentes y cuentos folclóricos. Los niños de ciudades y pueblos devastados, que muchas veces se sienten llenos de odio y de ira, oyen y leen estos libros. Participan también como cuentacuentos, en representaciones con marionetas, en teatro y canto. Y los niños y sus maestros exploran modos de entender estas emociones terribles; no a negarlas, sino a comprenderlas y a encontrar otro modo de resolverlas que no sean el conflicto y la violencia. Este programa ha sido tan exitoso que el Ministerio de Educación del Líbano lo incluye ahora en la currícula de todas las escuelas libanesas.

Hay otros proyectos que han emprendido la Secciones Nacionales del IBBY. Algunos son muy ambiciosos, otros menores, pero cada niño que podamos alcanzar con ellos nos parece importante.

Como ustedes saben, en Perú, hace poco más de un año, ocurrieron unos grandes terremotos. Nuestra sección peruana fue inmediatamente a la costa y descubrió que la mayoría de las bibliotecas habían sido destruidas. Un año más tarde, con la ayuda de IBBY - y pronto, esperamos, de otras fuentes- se construyen nuevas bibliotecas dotadas de libros de alta calidad; se está entrenando a los bibliotecarios en la biblioterapia. Este proyecto lo emprendió un pequeño grupo de gente que usó las experiencias del Banco del Libro.

En China, donde los terremotos fueron enormes y muchos niños fallecieron en sus escuelas o perdieron a sus padres, IBBY ofreció una mínima ayuda a nuestra sección. Fue tan poco dinero ante una catástrofe tan gigantesca. Con este dinero IBBY construyó una biblioteca. Pero más importante: el hecho de que IBBY inmediatamente respondió con la propuesta de que se haría algo con libros, la comunidad editorial china se movilizó.

Donaron más de un millón de libros a la región y publicaron muchos libros sobre lo que había pasado para que los niños pudieran ver su propia experiencia en los libros.

Otro proyecto realizado bajo circunstancias aún más adversas es el que se llevó a cabo en la Franja de Gaza. Éste, muy ciertamente, debe ser uno de los peores lugares del mundo para pasar la niñez, y en estos tiempos ha empeorado. Con apoyo de IBBY Líbano, y nuestra sucursal de los Territorios Palestinos basada en Ramalá, construimos dos bibliotecas comunitarias para niños y las llenamos de libros selectos apropiados para las circunstancias de los niños de ahí; también empleamos a dos bibliotecarias. Estoy segura de que ustedes están informados de que la profesión de bibliotecario casi no existe en Gaza. Por medio de lecturas en voz alta, cuentacuentos, charlas y tiempo compartido esperamos lograr algún alivio, comprensión y luz para esos niños. Lamentablemente, hasta ahora no pudimos emprender el entrenamiento en biblioterapia que se requiere para la segunda fase del proyecto. Nos es simplemente imposible llegar a Gaza y los bibliotecarios no pueden salir de ahí. Pero debido a nuestra notoria presencia en esa región creemos que eventualmente lograremos alcanzar nuestras metas de entrenamiento y que podremos extender el número de bibliotecas y de expertos en biblioterapia. Este proyecto está enteramente financiado por Katherine Paterson, la gran escritora estadounidense, autora de *El puente de Terebitia* que se usó con tan buenos resultados en Venezuela.

Estamos apenas empezando una campaña en Colombia donde un millón y

medio de niños han sido desplazados por conflictos internos. Allí esperamos involucrar a niños de la calle en grupos de lectura.

Por la misma naturaleza de su condición, los niños desplazados son difíciles de encontrar y de alcanzar. Pocas veces se quedan en un sitio, a menudo huyen de un barrio a otro, a veces se esconden de la misma gente que originalmente causó su desplazamiento. Con frecuencia están desconectados de sus familias.

En el caso de niños soldados dados de baja, las agencias sociales que trabajan con ellos no están dispuestas a ponerlos en contacto con nadie, compromiso adquirido con los niños soldados para asegurar su privacidad. Y, sin embargo, estos niños son frecuentemente los “casos más difíciles”.

Algunos de estos niños desplazados están en contacto con agencias sociales, como en el ejemplo que di antes. Empero, esas agencias pocas veces aceptan que la biblioterapia puede ayudar a los niños bajo su cargo. Tienden a considerar que su obligación es proveer casa y comida, y, quizá, poner los niños en contacto con algún sistema escolar. Pero para estas agencias, así como para los niños que ellos cuidan, los libros no son una prioridad. O hay temor de que leer pueda provocar dolor, lo cual sabemos que es falso. A pesar de las dificultades, seguimos con este proyecto. Nuestra experiencia nos demuestra que sí, que de hecho son justamente estos niños los más beneficiados por el contacto con los libros.

Así que seguimos avanzando. Abastecemos bibliotecas móviles y entrenamos a líderes de clubes de lectores. Esperamos que mediante la lectura estos niños se sientan liberados como para hablar de sus sentimientos, que puedan contar qué les ha sucedido, y así empiecen a comprender sus propias circunstancias para que encuentren su camino y se forjen una vida nueva. Al final del programa llevaremos a cabo una rigurosa evaluación de su impacto. Vamos a involucrar en forma continuada a los que trabajan para socorrer a los afectados de modo que podamos convencerlos de que en su trabajo les conviene usar los libros sistemáticamente. Pudimos apreciar que gran parte de nuestro programa para niños en crisis debe dirigirse a convencer y a entrenar a las personas de las ONG que se preocupan profesionalmente por tales niños y que tienen más recursos económicos que nosotros.

Otro ejemplo del trabajo con niños en crisis es la labor realizada por nuestra sucursal iraní con tres grupos distintos de niños cuyas vidas fueron perturbadas. Los primeros son niños en prisiones. En Irán hay cárceles residenciales para niños, incluso niños que recibieron la pena de muerte y que esperan ser ejecutados cuando cumplan los 18 años.

El primer paso, como siempre, fue seleccionar los mejores libros para estos niños. Se adquirieron y fueron dejados en habitaciones convertidas en bibliotecas

dentro de las cárceles. Sin embargo, pronto se hizo evidente que sin la presencia de un bibliotecario la mera existencia de los libros no los llevaría a leer, porque ellos obviamente estaban muy dañados. Los carceleros no se interesaban en el problema. Así que en esas cárceles, los niños mayores, generalmente los condenados a muerte, fueron los seleccionados y entrenados para ser bibliotecarios. Ellos realizaron una labor tan excepcional en atraer e involucrar a los niños más jóvenes en leer libros que IBBY Irán decidió emprender su defensa. En el Islam, si la persona contra quien has cometido un crimen te perdona, tu sentencia puede ser reducida o anulada. Esto es cierto incluso en los casos de asesinatos. IBBY Irán expuso a las familias de las víctimas el hecho de que estos niños se habían rehabilitado a través de su trabajo como bibliotecarios. En la mayoría de los casos fueron perdonados y de este modo se salvaron de la pena de muerte.

En Irán se da otro caso muy interesante de otro proyecto para niños en crisis: los niños de la calle. Nuestra sucursal allí estableció una biblioteca para esos niños. Está abierta 24 horas al día. Ningún adulto puede entrar con los niños, porque muchos de éstos están organizados en bandas criminales bajo el liderazgo de adultos, muy a la manera de Oliver Twist o las bandas en las favelas. Los niños pueden leer, participar en juegos, comer e incluso dormir sobre alfombras y cojines. Es un lugar donde pueden escapar un rato de su propia vida. Éste es un proyecto muy importante y parece ser el tipo de cosa que podría imitarse en otros lugares, si tan sólo pudiéramos tener tan buena relación con las autoridades como la que tiene nuestra sucursal de Irán.

Debido a que muchos de los niños de la calle o en las cárceles iraníes eran refugiados afganos, IBBY Irán decidió que empezar a trabajar en Irán oriental, en los campos de refugiados afganos. De nuevo se seleccionaron los libros apropiados para el caso y comenzó el proceso de la biblioterapia. Esta experiencia se usará ahora cuando un grupo de entre nosotros, de IBBY Irán, Pakistán y un par de otros vayan a Kabul, en Afganistán, a encontrarse con afganos que están intentando comenzar a construir bibliotecas y a establecer una cultura de lectura en Afganistán. Nos parece que va a resultar en uno de nuestros proyectos de biblioterapia más importantes convencer al Ministerio de Educación, los maestros, las agencias de ayuda humanitaria y a otras personas de Afganistán de que los mejores libros y los libros más apropiados pueden tener beneficios duraderos para estos niños cuyo país ha estado en guerra en los últimos treinta años. Iremos acompañados por una mujer de Pakistán que tras el asesinato de Benazir Bhuto creó una campaña de carteles en la cual el acto de leer y el amor y el goce de la lectura fueron presentados como una alternativa al odio y la violencia; la ex directora de materiales para la educación de la

Secretaría de Educación Pública de México quien, mientras trabajaba en el Ministerio, abasteció una red de bibliotecas escolares en México, y un editor multicultural de la India. Éste es el tipo de Proyecto para Niños en Crisis a gran escala.

Es importante mencionar que se puede también hacer biblioterapia en escala mucho menor y mucho más cerca de casa. Pensemos en los niños pobres, los niños de zonas rurales cuyas familias han llegado a la ciudad en busca de trabajo, los niños en los hospitales, o niños de la calle o de regiones empobrecidas cuya vida se transformó por nuevas realidades económicas. Estos niños también están en crisis. Ellos también necesitan la oportunidad de convertirse en lectores; necesitan encontrar libros; necesitan verse a sí mismos y ver el mundo; necesitan aprender a usar las palabras para poder hablar de sus experiencias, aprender que otros han tenido sentimientos como los suyos; necesitan comenzar a reconocer sus sentimientos personales.

Me tocó ver un proyecto muy pequeño en una favela de Río de Janeiro. Algunos periodistas y un ex narco y adicto crearon un lugar donde al salir de la escuela se podían refugiar los niños que corrían el riesgo de ser absorbidos por el narcotráfico. Hay allí una biblioteca pequeña pero de buena calidad. Cada día, después de clases, los niños hacen sus tareas en ese lugar, consumen una merienda y alguien les lee un texto. Ahí dentro están seguros. Pueden vivir su mundo imaginario. Pueden aprender en qué se parecen o no las vidas de otros a las suyas. Allí adentro pueden ser tiernos, pueden ser cariñosos. El mundo afuera es duro y cruel. Ellos quieren quedarse adentro. No todos los niños que llegan a ese lugar pueden escapar del mundo en el que el destino los colocó, pero algunos lo logran. Y eso porque algunos libros que encontraron cambiaron sus vidas.

¿Qué se necesita para emprender un proyecto de este tipo?

Primero es importante tener el apoyo de una sección nacional de IBBY cuyos miembros estén comprometidos como individuos, y cuyo primero, último y principal compromiso sean los niños y los libros. También se necesita un plan elaborado para la situación específica del grupo de niños con quien se va a trabajar. Al mismo tiempo, hay que ser abierto a la situación, y poder reaccionar rápido cuando la situación cambia.

Hay que hacer alianzas dentro de la comunidad.

Se necesita, asimismo, un profundo conocimiento de qué libros pueden ayudar a los niños que aprenden a hablar, sentir empatía y tener algún tipo de esperanza. Muchas veces, aun con jóvenes, los libros ilustrados pueden ser muy útiles.

Y, por supuesto, hará falta persistencia, paciencia y tiempo.

Pero tal vez el ingrediente más importante es el tiempo. Leer en voz alta a

niños que sufren, no una vez sino regularmente, para que puedan contar con uno y saber que esta experiencia será repetida; oír lo que dicen, poner atención, dejarlos expresarse, ser fiable.

Esto no requiere ser profesional ni psicólogo, pero sí requiere generosidad personal e inteligencia emocional.

La lectura y los libros pueden salvar vidas; pueden cambiar vidas; pueden dar a niños en situaciones desesperadas el modo de iniciar una vida nueva, vivir de nuevo y comprender lo que los ha afligido. Esto ya lo sabemos. Jella Lepman nos lo demostró y hoy se practica alrededor del mundo.

Patricia Aldana

Es editora. En 1978 fundó la editora independiente Groundwood Books, desde donde publica libros de literatura infantil para todas las edades. También a través de su editora, bajo el sello Libros Tigrillo, publica libros en español, buscando acercar a los niños y niñas de Norteamérica los mejores libros provenientes de distintas partes del mundo. Además de su labor en su editorial, lleva adelante una importante y activa participación en organizaciones canadienses e internacionales dedicadas a la promoción de la lectura. Preside desde 2006 la International Board on Books for Young People (IBBY), reconocida organización internacional que trabaja para favorecer el encuentro entre los libros y la infancia, y que cuenta con filiales en 72 países. Asimismo es representante por Canadá del Inter American Publishers Group, entre otras entidades.